

La reiniciación cristiana de adultos

Francisco Romero Galván

Secretario técnico de la Comisión Episcopal para la Evangelización, Catequesis y Catecumenado

Preámbulo

Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28, 19-20).

Este imperativo de Jesús a sus discípulos sigue resonando en las entrañas mismas de la Iglesia. En efecto, los cristianos debemos proclamar la Buena Noticia del Señor a nuestros contemporáneos para que lo conozcan, se encuentren con él, lo amen, sean sus discípulos y lo imiten. Así podrán tener vida y una vida en abundancia. Este es el deseo de Jesucristo también en este momento de la historia.

Sin ser exhaustivos, podemos describir la sociedad y la cultura en la que estamos integrados como una realidad secularizada. Los hombres y mujeres de nuestro tiempo viven como si Dios no existiera, organizan su vida sin tenerle en cuenta para nada, más aún, en muchas ocasiones es rechazado y puesto en duda. Ya no estamos bajo el paraguas del régimen de cristiandad en el que Dios ocupaba el centro, y la vida social y cultural giraba en torno a él. Estamos en busca de una nueva época que empieza a despuntar. Este tiempo nuevo lo tenemos que aceptar con realismo, sabiendo que en él estamos llamados a proclamar el Evangelio de Jesucristo pretendiendo que nuestros semejantes se encuentren con el Maestro y le sigan. Todo un reto ilusionante y esperanzador para la Iglesia de nuestro tiempo. El ardor de los creyentes y la acción del Espíritu permitirá que el mandato misionero de Cristo pueda hacerse realidad.

Llamada a evangelizar a los ya bautizados

En estas jornadas estudiamos y reflexionamos sobre el catecumenado bautismal, en concreto sobre la primera etapa: el precatecumenado. Efectivamente, buscamos cómo acompañar en su proceso de fe y de conversión a aquellos que se encuentran por primera vez con Jesucristo y desean ser cristianos. El despertar su fe, engendrar en su corazón la semilla del Dios vivo y hacer que tenga sus primeros brotes. La invitación gratuita de Dios a hacer camino con el pueblo de Dios y la respuesta del oyente ante la propuesta. Ambas convergen en la fe inicial y el deseo de conversión. Ahora deseo abordar este camino misterioso de amor de Dios y de entrega del hombre, bajo otra perspectiva, la de la reiniciación cristiana. La vuelta de los ojos y del corazón al Señor.

Es cada vez más numeroso el grupo de quienes solicitan a la Iglesia, después de un tiempo de inquietud y búsqueda de la fe, el don del bautismo, precedido de una sólida iniciación cristiana. Sin embargo, soy consciente de la gran masa de quienes de niños recibieron el don del bautismo, participaron en la catequesis de infancia, y quizás de adolescencia, fueron educados en un colegio de ideario cristiano, recibieron valores sociales y culturas cristianas..., pero la fe no enraizó en ellos, se cansaron de ella o el ambiente los arrastró para no tenerla en cuenta, consolidando una indiferencia hacia lo religioso cristiano. Estos alejados de la fe ya poseen la gracia bautismal oculta en su corazón, que hay que despertar de nuevo y ponerla en valor.

Estos cristianos sacramentados pero no partícipes de la fe son un grupo que debe suscitar a la Iglesia una seria reflexión con el fin de ver cómo llegar a ellos y hacerles una propuesta renovada de la fe y de la vida cristiana. Este es uno de los mayores retos, creo, de la Iglesia de nuestro tiempo. No hablamos de un puñado de personas, nos referimos a un grueso bastante numeroso de ya discípulos de Cristo que viven al margen de lo que son. ¿Es necesario que la Iglesia se proponga salir al mundo donde viven estos hombres y mujeres y hacerles en su realidad existencial la propuesta del Evangelio que abandonaron? ¿Tiene la Iglesia el ardor necesario para acometer esta hermosa tarea

evangelizadora? ¿No es este quehacer un reto ilusionante y esperanzador que va a renovar las comunidades parroquiales, asociaciones y movimientos apostólicos?

«Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que traer, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo Pastor» (Jn 10, 16). Las ovejas que abandonaron el redil hay que ir en busca de ellas y encontrarlas. Cuando las encontremos tenemos que compartir lo que son, escuchar, dialogar, sufrir y gozar juntos, sanar sus heridas si es necesario, proponer la vuelta a Jesucristo como el camino para el sentido de la vida. Hacer el esfuerzo evangélico de interesarnos por sus vidas para que en ellas Dios vuelva a ofrecerse como salvación.

¿Qué adultos bautizados son los destinatarios para la propuesta de la reiniciación cristiana?

1. Aquellos que, aunque poseen la gracia bautismal, no han completado los sacramentos de la iniciación cristiana. Les falta recibir la eucaristía o la confirmación, o los dos sacramentos. Fueron bautizados de pequeños, pero no han recibido el resto de los sacramentos iniciáticos.

2. Adultos que fueron iniciados en la fe de niños y recibieron los sacramentos de la iniciación cristiana, pero a los que las experiencias de la vida, el mal ejemplo de algunos creyentes, el desinterés de su familia, el interés por otras cuestiones y valores los hizo alejarse de la fe y organizar su vida sin tener en cuenta a Dios.

3. Adultos que se consideran cristianos, pero a los que les falta hacer un proceso de iniciación para madurar su fe y profesarla con autenticidad. Algunos miembros de la comunidad de fe precisan consolidar su ser creyente poniendo raíces y cimentando su fe y su conversión. Nos referimos, entre otras, a personas vinculadas con la religiosidad popular, miembros de la vida parroquial que no tuvieron oportunidad en su momento de profundizar en su vida de fe, aquellas otras que no se

han alejado de la vida cristiana, pero son inconstantes, practican poco, seleccionan los núcleos de su fe...

Este grueso número de bautizados llaman a la Iglesia para que les ofrezca un proceso de iniciación cristiana mediante un acompañamiento que posibilite, primero, el despertar a la fe y, después, con ejercicio maternal, avanzar en el aprendizaje de la vida cristiana para culminar con la profesión de fe madura y un corazón nuevo, convertido.

Nos centraremos en la primera etapa del proceso catecumenal, tema de nuestras jornadas. Aunque me gustaría reseñar que esta etapa primera necesita para consolidarse de las restantes, si deseamos que la fe y la conversión puedan afianzarse en la vida de quien reemprende su vida cristiana. Hablamos de un proceso unitario que no puede terminar con los primeros balbuceos. Necesita que la gracia divina avance en la persona para que esta viva en comunión con Cristo y adquiera su forma de ser y de vivir. Hablamos del primer peldaño que obliga a ascender en la escalera que conduce a la profesión de fe y a la integración en la vida cristiana.

El precatecumenado de quien ya está marcado con el sello del bautismo

La primera cuestión que debemos aclarar es cómo comenzar, dónde comenzar y quiénes lo deben comenzar. Ciertamente, la comunidad cristiana es la responsable de esta etapa precatecumenal. Cada uno de los bautizados, marcados por el sello del profetismo en su bautismo, está llamado a salir a los entresijos del mundo en el que vive y compartir con sus contemporáneos los gozos y alegrías, las tristezas y las esperanzas. No se trata de emprender acciones nuevas, más bien el cristiano, consciente de su ser bautizado, con un fuerte ardor evangelizador, lleva la semilla del Evangelio a su vida familiar, laboral, de relaciones humanas, en la red social en la que se mueve y en las realidades culturales en las que participa. Se trata de salir con otro talante, imbuido de espíritu misionero para anunciar a Jesucristo, muerto y resucitado, que nos ama y nos acompaña en la vida, en todos los espacios vitales,

posibilitando que la fragancia del amor y de la misericordia divina se hagan presentes.

Primero el testimonio personal de quien vive su dimensión creyente con coherencia en las realidades existenciales. El discípulo de Cristo se sitúa ante lo que al otro, a los otros, le sucede para compartir lo que vive, escuchar, servir, acompañar... Allí pone en juego su caridad enraizada en el amor a Dios y en el amor de Dios. Este testimonio provocará inquietud en quien lo observa y se situará ante él, bien acercándose al testigo para interrogarle sobre el porqué de su acción, o mostrando indiferencia o crítica ante lo que observa y experimenta. El testimonio siempre provoca una reacción.

Normalmente son a los que la existencia zarandea, bien positivamente, bien negativamente, quienes están más predispuestos a acoger en su interior el testimonio que se les proporciona. Los heridos de la vida, los enfermos, los que sufren, los que viven acontecimientos gozosos como el nacimiento de un hijo, el progreso en su realidad vital... reciben con apertura el testimonio de la caridad.

Este momento es el propicio para volver a anunciar a Jesucristo, su amor, su misericordia, su cercanía, su salvación a quien está lejos de él. Posibilitar el encuentro efectivo y afectivo con él. Animar a que se le busque para que ilumine la existencia y dé respuesta a los interrogantes que están en el interior de la persona. Acompañar para que tengan simpatía por Jesucristo y su Evangelio y adquieran una predisposición a escuchar una palabra de vida y esperanza del seno de la Iglesia.

La precatequesis es un tiempo de búsqueda (RICA, n. 6) en el que el adulto, interesado por el Evangelio, busca al Señor. Este carácter de búsqueda, con vistas a una firme opción de fe, es lo que define a esta etapa, condicionando su específica metodología.

La precatequesis es la acción con la que la Iglesia acoge y acompaña al hombre que, aunque bautizado en la infancia, queda ahora impactado por el anuncio del misterio de Cristo. Intuye que algo nuevo, aún no descubierto, se encierra en él: Ninguna persona se lo hizo ver o, al menos, no tiene conciencia de haber podido vivir esa ocasión.

Esta inquietud o interrogante es ya fruto de la gracia. El Espíritu Santo, maestro interior, suscita, sostiene y alimenta esa pequeña llama por la que el hombre busca al Dios vivo. En la precatequesis el adulto cuenta ya con un primer dato espiritual: la sed de Dios, el interés por el Evangelio¹.

El testimonio de la caridad y de servicio al hombre y al mundo puede provocar también en algunos creyentes la inquietud de verse lejos de lo que es la verdadera vida de fe y preguntan el porqué de esa forma de vivir, teniendo el deseo de asemejarse a ella recorriendo un proceso de iniciación a la vida cristiana.

Otras veces, la precatequesis se dirige a adultos en quienes la religiosidad está ya presente. No vienen de una situación de lejanía. Se trata, entonces, de ayudarlos a descubrir el verdadero rostro de Dios de la redención, tal y como se ha manifestado en Jesucristo. A pesar de tantos años de práctica religiosa aún no lo han descubierto.

Impactados también por el anuncio del misterio de Cristo e intuendo igualmente que algo nuevo, nunca percibido, se oculta en él, desean, a partir de su religiosidad, buscar el verdadero rostro del Dios de Jesús².

Efectivamente, la comunidad cristiana sale al mundo para vivir su fe y dejar rastro testimonial de su vida cristiana. Quienes son interpelados por la forma de ser y vivir preguntan el porqué a los testigos. Ellos les responden con naturalidad y sencillez ofreciendo las razones que sustentan el vivir de ese modo. Esta Iglesia en salida no surge de modo espontáneo, y menos en estos momentos en el contexto eclesial en el que vivimos. Las comunidades cristianas han de ser educadas para ser misioneras, para salir y evangelizar a sus contemporáneos sin miedos ni complejos. A la formación hay que añadir la necesidad de animar a los creyentes para que tengan estos criterios y emprendan estas acciones para evangelizar. El Espíritu Santo nos precede y acompaña, impul-

¹ COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *Catequesis de adultos. Orientaciones pastorales*, Madrid 1990, n. 204. (CA).

² CA, n. 204.

sa la acción y fecunda la obra. El Señor estará con nosotros todos los días hasta el fin de los tiempos.

Hay que dedicar tiempo a formar a la comunidad cristiana para que realice con ardor el primer anuncio con nuevos lenguajes y nuevos métodos. La propuesta evangélica, se les dirá, será fecunda si está llena de lo existencial y si es capaz de responder a las preguntas, dudas e inquietudes de aquellos que están en camino hacia Dios. Tiene que ser una evangelización de persona a persona, sin grandes teorías, sino más bien propuestas esperanzadoras para una persona que necesita encontrar la luz de la belleza y la verdad de la existencia.

No olvidemos que la acción misionera y la conversión son un don gratuito de Dios que sale al encuentro del hombre entre los entresijos de su historia y lo invita a poner los ojos en él. La persona responde a esa invitación con su adhesión de fe, o la negación a la propuesta, así se les hace consciente que su historia es una historia de salvación en la que interviene Dios de modo gratuito y lo acompaña en su devenir, salvándolo y amándolo misericordiosamente.

Un segundo momento, la precatequisis

Cuando la persona muestra simpatía por Jesucristo y por el Evangelio, quien lo ha acompañado en los balbuceos de la fe, lo lleva de nuevo a la Iglesia para que sea acogido por los pastores y los responsables. La fe no es patrimonio de los evangelizadores, debe quedar claro que la fe que se propone es la fe de la Iglesia y es la Iglesia la que abre los brazos a quien desea reiniciarse en ella y le hace la propuesta de la precatequisis.

En el ámbito eclesial se organiza un grupo de simpatizantes a quienes se los acompaña anunciándoles lo nuclear de la fe con el fin de que investiguen y si se adhieren o no a ella, al tiempo de que entren en contacto con los miembros de la comunidad y vean si quieren formar parte de esta.

El primer tiempo, o etapa, por parte del candidato exige investigación, y por parte de la Iglesia se dedica a la evangelización y precathecumenado, que acaba con el ingreso en el grado de los catecúmenos³.

En efecto, el segundo momento del tiempo del precathecumenado tiene que posibilitar la catequesis sobre el kerigma, la reflexión sobre él, la introducción en la vida comunitaria y la práctica de los primeros pasos en el encuentro con Jesucristo y en la experiencia de fe.

En este periodo se hace la evangelización, o sea, se anuncia abiertamente y con decisión al Dios vivo y a Jesucristo. Enviado por él para salvar a todos los hombres, a fin de que los no cristianos [en nuestro caso lo ya cristianos porque poseen el don del bautismo], al disponerles el corazón el Espíritu Santo, crean, se conviertan libremente al Señor, y se unan con sinceridad a él, quien por ser el camino, la verdad y la vida, satisface todas sus exigencias espirituales; más aún, las supera infinitamente⁴.

De la mano del catequista, el grupo de simpatizantes, iluminados por la gracia divina, se dejarán tocar por el Señor y experimentarán su cercanía y la de los cristianos. De manera misteriosa nacerá la fe inicial, una fe incipiente, pero que está dispuesta a crecer, florecer y dar fruto, y el deseo de conversión, es decir, el descubrimiento de que la propia vida debe cambiar y mejorar seducida por el conocimiento de Cristo Jesús. Ahora el creyente se pondrá en las manos de la Iglesia para que lo acompañe en ese crecimiento como una madre. Ha cambiado de la posición de la indiferencia ante la fe y ante Dios a la búsqueda de la fe y de una nueva vida que le permitirá encontrar el camino para realizarse como ser humano y alcanzar la felicidad que anda buscando.

De la evangelización, llevada a cabo con el auxilio de Dios, brotan la fe y la conversión inicial, con las que cada uno se siente arrancar del pecado e inclinado al misterio del amor divino. A esta evangelización se dedica íntegramente el tiempo del precathecumenado, para que ma-

³ RICA, Observaciones previas, n. 7.

⁴ *Ibíd.*, n. 9.

dure la verdadera voluntad de seguir a Cristo y de pedir el bautismo [en este caso de renovarlo en su corazón]⁵.

El anuncio del kerigma busca que el candidato pueda encontrarse con Dios y tenga sus primeras experiencias de fe. Para ello se precisa que se lo ayude con oraciones adecuadas⁶. Por lo tanto, la precatequis no está referida a lo doctrinal, sino más bien a posibilitar un conocimiento interno de Cristo que permita la experiencia de fe y el deseo de emprender un camino de seguimiento.

[Habla de los requisitos para acceder al Rito de Entrada en el Catecumenado] Para dar este paso se requiere en los candidatos una vida espiritual inicial y los conocimientos fundamentales de la doctrina cristiana: a saber, la primera fe concebida en el tiempo del precatemenado, la conversión inicial y el deseo de cambiar de vida y de empezar el trato con Dios en Cristo, y, por tanto, los primeros sentimientos de penitencia y el uso incipiente de invocar a Dios y hacer oración, acompañados de las primeras experiencias en el trato y espiritualidad de los cristianos⁷.

Conclusión

La Iglesia debe ser consciente de la necesidad de invitar de nuevo a la fe a tantos que en su día recibieron el bautismo, pero viven al margen de la vida eclesial. Esta tarea es un reto exigente que necesita poner en acción a cada uno de los miembros de la comunidad cristiana para que emprendan la misión de llevar el Evangelio a quienes ya disponen de la semilla de la fe en su corazón, a la que hay que hacer germinar y dar fruto.

No podemos contemplar la realidad desde el desencanto y la queja. Los que se fueron, o nunca llegaron a entrar, necesitan no solo el testimonio coherente de quien vive con él, sino la referencia de una comu-

⁵ RICA, Observaciones previas, n. 10.

⁶ Cf. *ibíd.*, n. 13.

⁷ *Ibíd.*, n. 15.

nidad que vive el Evangelio y lo anuncia porque es un tesoro para ella. Descubrir un testigo con profundo ardor misionero y una comunidad de discípulos que camina por el Evangelio y hace presente el reino de Dios replanteará su indiferencia religiosa y permitirá acoger la propuesta de la Buena Noticia para hacerla suya y recomenzar en la fe cristiana.

Necesitamos formar a los creyentes en aquello que tanto subraya el papa Francisco, que cada cristiano sea discípulo y apóstol, misioneros en los ambientes donde desarrolla su existencia.

Aquí está, desde nuestro punto de vista, la gran misión de la Iglesia hoy: reconducir hacia Jesucristo a quienes se han alejado de él, para que vuelvan a su redil y gocen de las hermosas praderas de su reino.